

El derecho a las cosas bellas

Vindicación
de la vida
holgada

Juan Evaristo
Valls Boix

Ariel



El derecho a las cosas bellas

Vindicación
de la vida
holgada

**Juan Evaristo
Valls Boix**

Ariel

Primera edición: junio de 2025

© Juan Evaristo Valls Boix, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3889-7
Depósito legal: B. 7.386-2025

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Índice

<i>Prefacio: La belleza del bostezo</i>	13
La condición horizontal	29
Vindicación de los derechos perezosos	55
El derecho a la pereza.	73
El derecho a la huelga	101
El derecho a la jubilación.	125
El derecho a la ciudad	143
El derecho a la literatura	165
Coda sobre la vida holgada	191
<i>Gratitud</i>	199
<i>Bibliografía</i>	203

La condición horizontal

*There's nothing I like better
Than to lie on my back in the grass
And remember where I came from.*

ROBIN MYERS, *Having**

Soy vertical, pero preferiría ser horizontal.

§1

Sylvia Plath dejó escrito en 1961 un poema sobre la condición horizontal. Su título reconoce con

* Conocí la poesía de Robin Myers, así como el pensamiento de Adriana Cavarero y David Lapoujade, gracias a Marcela Rivera Hutinel. Nuestras conversaciones en el verano de 2024 y su trabajo sobre las imágenes de la inclinación y la caída (cf. Rivera Hutinel, 2024) me han resultado muy valiosos para explorar algunas ideas de este capítulo. Además, he conocido la ergontología por las investigaciones de Daniel Alvaro, y con gratitud lo reconozco.

vergüenza «Soy vertical», pero el primer verso responde, desafiante, «Pero preferiría ser horizontal» (2015, no. 43). Algo más de cien años después de que Herman Melville nos contara una historia de Wall Street donde un escribiente respondía, ante cualquier solicitud, «Preferiría no hacerlo», la desobediencia tranquila de una fórmula casi ajena a la gramática vuelve a repetirse:

Preferiría no hacerlo
Preferiría ser horizontal

Bartleby estaba obstinado en la negación, y su triste historia es la historia del rechazo sistemático a cualquier orden, y sobre todo al orden del trabajo. Sin embargo, si la historia es triste y el escribiente acaba muriendo de inanición, acurrucado junto a uno de los muros del patio de la cárcel, es porque quizá no conociera alternativa a una vida gobernada por la productividad. Después de todos los noes de Bartleby, no viene nada: su rechazo es mudo, y su escritura acaba asumiendo el mismo final que aquellas cartas muertas que no llegaron a su destinatario y que Bartleby tenía que consignar cada mañana. Su rechazo al trabajo está demasiado apegado al trabajo: no hay vida, ni deseo ni escritura a partir de ese rechazo.

La renuncia de Sylvia Plath a la verticalidad le da un nombre distinto a la negativa: horizontalidad la llama. Si Sylvia Plath se resiste a ser vertical, es

por un deseo, un deseo de ser de otro modo. Con Bartleby, la negación agotaba la escritura, aquí la horizontalidad es su comienzo: el comienzo de una vida otra, de una relación distinta, de una geometría nueva. Sylvia prefiere su naturaleza tumbada porque quiere la longevidad del árbol y la valentía de las flores. Cuanto más se parece a ellos es cuando de ellos depende: cuando está dormida, acunada por el césped, ajena a sus pensamientos. El reino de la conciencia es un reino vertical, y el viaje a la oscuridad del pensamiento tiene el propósito de avivar el cuerpo y sus deseos, como si estos hubieran permanecido aplastados por el sujeto, asfixiados bajo su carga. Cuando Sylvia vive en horizontal, no se compara con nadie ni se lamenta porque su vida sea demasiado breve o desgraciada. ¿Cómo competir con un cedro o una libélula? Mejor tenerlos cerca, la fiesta de la imaginación. La condición horizontal le permite a Sylvia mirar desde otro lugar, alterar el ángulo, adoptar una relación nueva con todas las cosas: Sylvia lo llama «conversación». En la conversación hay tiempo y hay tacto, reina la escucha de los cuerpos: «Entonces los árboles podrán tocarme por una vez, y las flores tendrán tiempo para mí».

Sylvia es vertical, y tiene que serlo, para muchas cosas: su operatividad como sujeto y como ciudadana dependen de ello, ha de levantarse cada día, sostener, laborar, responder a su nombre. Pero Sylvia sabe que su condición vertical de individuo

liberal con derecho a voto y educación secundaria no agotan todo lo que ella es. Para todo lo demás, donde Sylvia es amante y amiga y poeta, un cuerpo solazándose entre otros cuerpos, carne atravesada por el aire y la tierra húmeda, Sylvia es horizontal. Para esa larga y sabrosa escucha del mundo al desperezarse que es la vida a cada instante, Sylvia es horizontal. Mujer tumbada, cuerpo sobre otro cuerpo, la vida mejor y más dulce es la vida horizontal. Es más natural para mí tumbarme y escuchar: soy menos humana, me parezco más a todas las cosas, quiero atenderlas y observarlas, me place estar a su lado.

La condición horizontal establece relaciones de cuidado. Allí donde el ser vertical domina, el ser horizontal escucha y abraza: conversa. Allí donde el ser vertical es la forma de ser humano, amo y señor de las cosas, la condición horizontal no entiende de jerarquías y no busca domeñar lo extraño: quiere escucharlo, tumbarse a su lado, admirar su vastedad incognoscible. El modo en que el ser vertical se relaciona con la alteridad se denomina trabajo. Esta forma de ser, que Butler llama ontología liberal del individuo, es el fruto más granado de la Modernidad europea, algo que aprendimos con Descartes, con Locke, con Kant: un sujeto que es libre cuando es autónomo, una ficción absolutamente separada de todo lo demás, que solo sigue las leyes que él mismo se procura racionalmente, y domina con su raciocinio y su

técnica cualquier otro ser, cualquier otra instancia que perturbe su señorío. El burgués, el fascista, el empresario o el capitalista son versiones históricas de este dispositivo.

El sujeto moderno es el sujeto de la erección. El progreso y el crecimiento son el modo particular con que establece su geometría vertical de dominio de las cosas. Autores como Hegel o Marx llamaron «trabajo» a esta relación jerárquica de dominio y asimilación. En su poema, Sylvia piensa en otra cosa. No quiere pisar las plantas ni talar el árbol, sino volverse adverbial, yuxtaponerse. No quiere medir la distancia que la separa de los astros ni lanzar un satélite a la termosfera, sino tan solo mirar, dibujar constelaciones, orientarse con su saludo. Y para lograrlo, ha de tumbarse. No hay otra forma. Ha de reconocer que, en el fondo, vive tumbada, solazada, apoyada en criaturas y plantas.

La condición horizontal implica descanso e igualdad, igualdad en el descanso. Todo lo que vive se tumba, un cuerpo no vive si no es tumbándose sobre otro cuerpo. No quiero que nadie se levante sobre mí y yo no me levantaré sobre nadie: principio de horizontalidad. Vivo, pero a condición de estar tumbado, porque dependo de vosotros, que me sostenéis: principio de horizontalidad. La relación del ser horizontal con otros seres se denomina conversación, esa tupida telaraña que todo lo conecta. Allí la vida no acaba, como

en Bartleby, sino que empieza. Empieza a través de los otros, con los olores frescos que la flora derrama, bajo la luz titilante de las estrellas y el calor de los árboles, que nos abrazan con su corteza áspera y su madera tierna.

Yo quiero vivir tumbado al lado de todas las cosas. Soy vertical, y trabajo para vivir.

Pero prefiero ser horizontal,
siempre prefiero vivir en horizontal.

§2

En otro continente, unos diez años después de que Bartleby pusiera patas arriba Wall Street, Karl Marx publicó el primer libro de *El capital*. Una de las cosas que este libro nos ha brindado es una definición del trabajo, o del ser vertical. Marx lo describe así:

Todo el elemento de la riqueza material no presente por naturaleza tuvo siempre que ser mediada por una actividad productiva y finalística especial, la cual asimila determinadas materias naturales para la satisfacción de determinadas necesidades humanas. El trabajo, en cuanto constituye valores de uso, en cuanto trabajo útil, es una condición de existencia del hombre, independiente de todas las formas sociales, una necesidad natural para mediar el me-

tabolismo entre el hombre y la naturaleza, o sea, la vida humana (2018, 81).

Si el trabajo es una necesidad natural del ser humano y una condición de su existencia, no podemos no trabajar: tal es nuestra condena. Aquí Marx no habla todavía del trabajo asalariado, sino que, ajeno a su propia filosofía materialista, trata de describir el trabajo como una actividad trascendental y ahistórica, que define nuestro ser «natural». Podemos vivir, pero a condición de trabajar. Y el trabajo marca una relación de dominio con la naturaleza: es la relación mediante la que lo humano *asimila* (*assimilirt* es el término alemán) lo no-humano: se apropia de ello y lo somete, y de tal asimilación depende su definición como Hombre.

Dos lecciones esenciales: la primera, que en estas líneas el ser se determina como trabajo humano, y el trabajo, como «producción de la humanidad del Hombre» (cf. Alvaro 2024, 370). La segunda, que el trabajo es una relación de apropiación de la alteridad, donde lo humano consume lo no-humano, en una dinámica de la pureza o depuración de la alteridad. En su obra capital, el padre del materialismo diseñó una ontología ahistórica donde ser equivale a trabajar, y esta operación es aniquiladora de todo lo no-humano. Se trata de una ontología del trabajo o, como ha propuesto Hamacher, una *ergontología* (Hamacher, 2012): el ser no es si no obra, si no se trabaja (*ergon*). En la

Carta sobre el humanismo, escrita en 1947, Martin Heidegger lo expresa así: «La esencia del materialismo no consiste en la afirmación de que todo es materia, sino, más bien, en una determinación metafísica según la cual todo ente aparece como material de trabajo» (2000, 53-54). Hegel y Marx coincidían en que el trabajo es el proceso por el cual el hombre se produce a sí mismo en cuanto hombre: ente autónomo, ente aislado y completamente separado de todos los otros seres. El sujeto se levanta, se yergue como Hombre, oprimiendo todo lo que no es sujeto: la ergontología, donde ser es trabajar y ser trabajado, constituye la primera definición de nuestra condición vertical.

En el tercer libro de *El capital*, que Engels editó y publicó en 1894 a partir de notas y legajos tras la muerte de Marx, parece perfilarse una alternativa. En el capítulo 48, bajo el epígrafe «La fórmula trinitaria», Marx observa que «el reino de la libertad solo empieza allí donde cesa el trabajo impuesto por la necesidad y por la adecuación a finalidades exteriores». No podemos desatender nuestras necesidades, estamos atados a ellas, pero somos libres el resto del tiempo. Por ello, una vez resolvemos nuestros compromisos con la fisiología, «empieza el desarrollo de las fuerzas humanas», reconoce Marx, «el verdadero reino de la libertad». Si tal cosa es así, convenimos con Marx en que «la reducción de la jornada laboral es la condición básica» para ser verdaderamente libres, fuera del yugo

del trabajo con que mantenemos nuestro metabolismo (Marx 2017, 1044).

Parece que, tras décadas de sesudas reflexiones, Marx ha sentado la cabeza: el reino de la libertad comienza cuando dejamos de trabajar, y nuestra libertad será tan vasta como capaces seamos de acotar el reino de la necesidad. Por ello, hemos de ponerle fronteras y contenerlo bien, y el modo de lograrlo, entonces, consiste en reducir la jornada laboral, trabajar menos para ser más libres, entregados al gusto del ocio y sus artes. La cosa parece sencilla: tenemos que trabajar para nutrirnos, pero hagámoslo solo el tiempo necesario, para dedicarnos a vivir y gustar el resto del tiempo, y eso será el reino de la libertad, donde dediquemos nuestras fuerzas a nosotros mismos, y ya no al capital ni a otros fines externos. Entre Hegel y Kant, Marx entiende que cuando el sujeto trabaje en sí mismo, puramente para sí mismo, concernido tan solo por su autonomía y nada más que por ella, sin alienaciones sociales o fisiológicas que le perturben, será libre.

Leo estas líneas y mi euforia está contenida por mi suspicacia. Porque, en un sentido, la reducción de la jornada laboral que Marx propone está consagrada a la libertad, pero si leemos con cuidado, observamos que el texto contiene una trampa. Si la libertad solo empieza allí donde acaba el trabajo *impuesto por necesidad o alienación*, ello quiere decir que libertad es sinónimo de trabajo libre, tra-

bajo sin imposición, pero trabajo al fin y al cabo: realización personal es como le llaman hoy los *coaches* ontológicos. Werner Hamacher lo ha expresado con pericia en *Lingua amissa* cuando observa que lo que Marx promete «no es tanto la liberación *del* trabajo, como la liberación *para* el trabajo» (2012, 309). Cuando tengamos atendido nuestro estómago y nuestro cobijo, y nos desprendamos de un sistema económico alienante, al fin podremos dedicarnos a trabajar, trabajar sin término, sin más límites que el dichoso cuerpo (ay, sus pulmones, ay su boca seca, ay su piel fría y delicada), para trabajar en nosotros mismos, ser nuestros propios jefes y realizarnos en una *auto-performance* sin término. Pero tal es el sueño húmedo del humanismo, del capital y de nuestra condición vertical: seguir creciendo y superándonos, dando nuestra mejor versión hasta que no quede un espejo que nos aguante.

Ese es el límite del pensamiento de Marx: la reducción de la jornada laboral que propone no es contraria, sino proclive a la ergontología: un ser abstracto, racional e incorpóreo, que solo es en la medida en que *se* trabaja y crece, a costa de los demás. El reino de la libertad es algo así como la ergocracia perfecta. El trabajo, para Marx, rige como origen y destino de la humanidad, y la libertad es el trabajo puro, trabajo en sí mismo como fin en sí mismo, como el verdadero yo del ser humano (Alvaro 2024, 375). Los restos de humanismo en el

pensamiento de Marx le llevan a comprender al ser humano como escindido y radicalmente diferente de la Naturaleza, además de capaz de dominarla, y compelido a ello.

¿Dónde estamos cuando no crecemos, ni trabajamos, ni nos realizamos? ¿Qué somos, quién somos, cuando menguamos o nos deshacemos, cuando perdemos? Hay veces que pienso que vivir es desaparecer, como en un abrazo. No estoy seguro de que queramos acabar tan pronto y tan rápido con las cosas que amamos.

§3

En su exposición «À toi de faire, ma mignonne», celebrada en el museo Picasso de París entre 2023 y 2024, Sophie Calle se propuso establecer un «catálogo razonado de lo inacabado», reuniendo toda suerte de proyectos frustrados, borradores y ruinas de sus ideas. En uno de los muros, reina una frase:

Solo las cosas inacabadas están vivas.

Las cosas, todas las cosas, deben poder no ser para poder ser. ¿Podemos vivir sin trabajar? ¿Podemos vivir de tal forma que no asimilemos la naturaleza a nuestras necesidades, ideas y delirios, sino de modo tal que conversemos con ella, en

una mezcla sabrosa y variopinta? Vivir sin extraer, vivir sin colonizar, vivir sin someter. Antes bien, convivir con otros, a través de ellos y atravesados por ellos, participando de su opulento desorden, esa tupida mixtura. Tal es el desafío de la condición horizontal que roncan los cuerpos tumbados: ningún cuerpo es libre mientras esté sometiendo a otros. Ningún cuerpo es libre mientras crezca a costa de otros. La libertad, si no quiere verse limitada dominando otros seres, es horizontal —igual para todos— o no es. Libertad o trabajo, de eso se trata. La condición vertical es nuestra condición de acabamiento.

Solo las cosas inacabadas están vivas.
La condición horizontal es la condición
de los comienzos.

§4

El lema que recibía a los prisioneros en el campo de concentración de Auschwitz desde su apertura, en mayo de 1940, era *Arbeit Macht Frei* ('El trabajo os hará libres'). Tal lema es otra expresión de ergontología, donde el ser ha de realizarse y efectuarse —trabajarse— contra todo lo que es no-ser, oprimiéndolo y suprimiéndolo (el trabajo nos liberará *de vosotros*). Aquí, ese trabajo u operación se estructura como asesinato masivo industrial. El trabajo

promete la libertad, sí, pero entendida como purificación de todo lo que no es trabajo, esto es, de todo lo ajeno a la «esencia» del ser alemán, en términos de Werner Hamacher (2020, 152, 162).

Como ha observado este autor, la estructura mínima del trabajo consiste en relacionarse con(tra) algo diferente de sí mismo. Si ser equivale a trabajar, ese trabajo marca una relación de dominio y exterminio: al obrar/trabajar, el ser queda expuesto en sí mismo ante algo otro que sí mismo. Pero esa relación no es *con* la alteridad, ni *ante* la alteridad, sino *contra* la alteridad (2020, 155). La decisión de concebir el trabajo como una relación *contra* el otro, tal y como lo entendió el régimen nazi y el propio Martin Heidegger en su discurso como rector de 1933 (cf. 2009), no tiene nada de filosófica: es una decisión política. El trabajo implica siempre una dinámica de apropiación agresiva (Hamacher 2020, 156).

Un año antes de que Heidegger pronunciara su célebre discurso sobre la autoafirmación de la universidad en Friburgo, Ernst Jünger publicó *El trabajador. Dominio y figura* (1990 [1932]). Aunque Hitler lo tachara de bolchevique y peligroso (cf. Hamacher 2020, 157), el ensayo es el manifiesto protofascista por antonomasia. En él, «el trabajador» es una categoría que adquiere, de nuevo, un valor ontológico, como la versión más lograda de la condición vertical. Conceptos políticos como «individuo» y «masa» son, para Jün-

ger, términos burgueses que han quedado obsoletos, y han de ser reemplazados por un nuevo tipo de ser humano, una figura donde se funden la frialdad, el cálculo y la eficiencia de la técnica con valores ardientes de sacrificio por la patria, coraje y abnegación. Esa figura es el trabajador, híbrido de soldado y obrero, corazón y máquina, con una conciencia tecnificada que le permite objetivar el cuerpo e inhibir su sensibilidad. Así, «la guerra», convenía Jünger a propósito de la Primera Guerra Mundial, «se transforma en una enorme producción de trabajo [...] Junto a los ejércitos armados nacen los modernos ejércitos de la agricultura, de la alimentación, del tráfico, de la propaganda, de la ciencia y de la industria» (2002, 163-164). El trabajo y la guerra forman parte de la misma movilización total, donde no hay ningún proceso laboral que no cuente con un valor intrínsecamente bélico.

Ha pasado el tiempo, pero conocemos demasiado bien esta movilización total: parece que hoy no hay ningún proceso vital que no cuente con un valor intrínsecamente económico, que no sea una declinación de la eficiencia.

§5

Uno de los modos en que el fascismo sigue vivo en las democracias de todo el mundo es a través de la

cultura del trabajo y su insidiosa metafísica capitalista, que hace de los sistemas políticos una suerte de ergocracia donde solo merece vivir lo que trabaja, donde la dignidad se mide como rendimiento. Cualquier cuerpo disidente o diferente, muy niño o muy viejo o poco espectacular, ha de ser apropiado, traducido, asimilado a los parámetros de lo útil, o expulsado. Entregarse a gustos ajenos a esta eficiencia, asuntos no capitalizables, es cosa vergonzosa que debe evitarse u ocultarse.

Cualquier sociedad que se construya en torno al trabajo es una sociedad que niega la vida. Para afirmarla y reconocer su valor intrínseco, ha de haber un espacio donde la vida se guarde como diferencia, como instancia absolutamente improductiva e inapropiable. Es decir, ha de haber un espacio social donde no se trabaje. El capitalismo es un sistema económico y político que gobierna la vida a través del trabajo, imponiéndole la verticalidad del capital (sea con disciplina, sea con excitación, sea con agotamiento). La condición horizontal que canta Sylvia Plath celebra la anarquía de la vida, ese espacio tembloroso y divino donde la vida no está al servicio de nada, sino que yace tumbada junto a todos sus amigos.

El Estado y el Capital nos cuidan mientras trabajamos, producimos, efectuamos. A todas nos gusta la juventud, ese fulgor de energía. Pero ¿qué harán, qué harás, en las bellas horas de tu caída? ¿Quién nos querrá, quién te querrá, cuando nos

acaricie el suave frescor del ocaso? ¿Quién nos tapará, si se alarga la noche, si mi cuerpo palpita y no produce, si no aguanta más o prefiere no hacerlo? ¿Allí también estarás a mi lado? ¿Allí también abrigaréis mi espalda y atenderéis mi herida? Yo también soy esto, este agujero y esta curva, esta rama torcida y rabiosa, la arruga y el rumor del desbordamiento. ¿Es mi salud o mi mérito lo que tanto ansías? Quisiera dar una respuesta a todo esto, pero mi boca tiene forma de pregunta.

§6

¿Cómo puede ser que la ontología del trabajo se reproduzca en lugares tan dispares y alejados de la cultura europea? ¿Es el vínculo alemán entre trabajo (*werk*) y realidad efectiva (*Wirklichkeit*) lo que es determinante en tantos pensadores? ¿Es porque, lo quieran o lo sepan o no, guardan en su filosofía rasgos de un humanismo que privilegia la autonomía sobre la relación, la conquista sobre el aprecio, la pureza sobre la mixtura? ¿Acaso su metafísica tiene como base una secreta geometría de la verticalidad? Aquello que para Sylvia Plath era tan desdeñable, por muchos ha sido muy querido.

Me pasa como a Virginia Woolf cuando, al evocar la lectura de un libro escrito por un notable señor, comienzo a sentir gran aborrecimiento por no ver nada más que una gran «I» ('Yo') en las

páginas, que me impide acceder a todo lo demás. Hay algo que pesa demasiado en este humanismo masculino que solo sabe existir erecto, que teme el tacto ajeno y no soporta ser penetrado por todos los seres gracias a los que, sin embargo, vive. Hay algo en la metafísica del trabajo que pesa y aplasta a cualquiera que busque una diferencia, que aspire a vivir de otro modo, a entender la vida como mixtura. Si queremos ser de otra manera, hemos de pensar desde otra ontología, una ontología donde ser es descansar.

§7

¿No podríamos acaso pensar una ontología de la diferencia y la relación, y no del trabajo y la propiedad? ¿Podemos pensar un modo de ser que responda a nuestra condición horizontal? Si queremos celebrar esta bella condición, hemos de escribir y habitar desde la relación, no desde la propiedad; desde nuestros cuerpos vivos, mezclados e inapropiables, y no desde el trabajo, que los somete y extenúa. Allí donde el descanso no es recuperación, allí donde no hay retorno, sino reposo, allí donde todo se pierde: allí, el cuidado, la fiera desproporción de las amantes, cama inmensa donde nos tumbamos.

Detrás —o quizá encima— de la ergontología hay un sujeto de pie y erguido, y el proceso de

erección coincide con el progreso y con el proceso de racionalización. Yo, sin embargo, pienso tumbado, y donde más me encuentro es cuando, cansado, me apoyo en los demás, y estoy listo para sostenerles también. Es en el cansancio de mi cuerpo sostenido por otros brazos y otros cuerpos donde más lúcido me siento, donde otra especie de verdad se escucha. Solo los cuerpos cansados dicen esta verdad, que es la verdad de la cama, del *clinamen* o la inclinación, la verdad de nuestra condición horizontal: solo somos cuando estamos tumbados, porque allí es cuando no somos enteramente nosotros, cuando perdemos nuestros nombres en una historia tejida con miles de brazos y bocas. Allí reconocemos nuestra alianza, nuestra herencia, nuestra feliz dependencia. En la dulce horizontalidad entendemos la alternativa y comprendemos la diferencia. En el declive del sujeto, un cuerpo puede respirar. Y como cuerpo, nos relacionamos por nuestros agujeros, por nuestros huecos y faltas; nada sabe de la amistad el ser férreo e impenetrable, si acaso existe. La condición horizontal es una condición porosa.

Siempre me había preguntado por qué tantos sabios y sabias han proclamado que la pereza constituye nuestra naturaleza. *It is more natural to me lying down*, escribía Plath. La pereza era una pasión noble y natural para Paul Lafargue, y George Simmel reconoció en ella un principio cósmico. Luxemburgo defendía que la esponta-

neidad de las huelgas no se enseña en las escuelas, y Kazimir Malévich convino en que la inoperancia es una verdad inalienable del ser humano. No hay arte sin pereza para Stilinovic, Duchamp fue un artista de técnicas perezosas, Akerman hizo una película sobre los tiempos muertos. La gracia que canta Simone Weil es pereza e ingravidez, pues deshacemos nuestro yo en cada uno de sus gestos. Angelus Silesius dejó escrito que Dios nos agradece que seamos su almohada, y para ello primero hemos de ser suaves como terciopelo.

Dormitaba anoche sobre la hierba, entre tréboles y margaritas. El aire olía a manzanilla. Un escarabajo oscuro como un diamante se ha posado sobre mi oreja izquierda y me ha revelado su secreto: blandura sin rigidez, suave y no áspero, ternura y ternura, susurraba. La vocación primera de la pereza es convivir. La lucidez de la vagancia consiste en saber amar, porque saber amar es saber perder. La horizontal es la condición de una vida justa y compartida, buena por justa, justa por buena. Salvaje y bellísima, al otro lado del mundo del trabajo.

El escarabajo partió zumbando,
ya no distinguía sus alas del olor
de la floresta.

Adriana Cavarero se ha preocupado en su ensayo *Inclinaciones* por articular una geometría distinta a la vertical. Si la verticalidad es la postura de la autonomía, el rendimiento y el crecimiento, pero también la forma de un sujeto encerrado en sí mismo, que no sabe relacionarse con los otros más que dominándolos, es entonces una geometría de la inclinación la que nos permite pensar un modo de ser marcado por la relación con otros cuerpos, esto es, por la interdependencia y la reciprocidad. Se trata de dos paradigmas posturales que refieren a dos modelos distintos de subjetividad, «dos escenarios diferentes para interrogarse sobre la condición humana», precisa Cavarero (2022, 35): autonomía o dependencia, pureza o mixtura, solipsismo o vulnerabilidad, una ontología liberal del individuo o una ontología relacional de la convivencia. Ambas condiciones gobiernan nuestro cuerpo, la vertical y la horizontal. Preferimos la horizontalidad, preferimos las cosas bellas y radiantes.

Desde esta perspectiva, Cavarero observa que el concepto fundamental de la ética es la inclinación (2022, 42), pues es inclinándonos como salimos de nuestro eje y nos relacionamos con lo extraño. También porque la inclinación es la figura del apoyo y el sostén, y por tanto la postura de nuestra vulnerabilidad. «La inclinación desequilibra al yo

y [...] desplaza el baricentro que, en la postura erecta, está, en cambio, “dentro” y “en el centro” de la figura» (65). Con ese desplazamiento concluye una forma de libertad, entendida como autonomía, independencia y sometimiento de lo ajeno, y comienza otro modo de ser, una verdadera «metafísica de la mixtura» en palabras de Emanuele Coccia (2017). Bajo la condición horizontal, la libertad es potencia para el vínculo. De un sujeto modelado a partir de la idea de autonomía pasamos a concebir ahora una subjetividad relacional y abierta a la alteridad, en una simbiosis cósmica con todos los cuerpos, con una pereza desbocada ante la simple idea de levantarse de la cama.

Añade algo más Cavarero. La geometría vertical caracteriza el discurso occidental de la masculinidad. No en vano señalaba Marx que el trabajo era el padre de los valores que produce, y la naturaleza, su madre (2018, 81-82). Así, no solo hay una gramática del dominio y la pureza en la geometría vertical, sino una economía de la diferencia sexual que despliega un discurso binario donde lo masculino es activo y productor, y lo femenino es materia inerte, receptáculo, objeto a disposición. Por ello, esta geometría está dirigida y gobernada por la muerte: se sostiene sobre la muerte del otro (lo no-masculino, lo feminizado, lo racializado) y nos insta a alcanzar ese momento fantástico de perfecta erección, goce total, en que ya

no se puede crecer más, ya no se puede ser más puro, ya no se puede estar más solo. El momento anterior a la caída.

Pero si la muerte ha sido, durante el siglo xx, la categoría central de la metafísica, no habría de ser el concepto que motiva el pensamiento y la convivencia política. La geometría de la inclinación de Cavarero, que piensa los cuerpos sosteniéndose siempre en otros cuerpos, descentra la masculinidad que articula el discurso y lo rearma con otras figuras: un cuerpo sostiene otro cuerpo, un cuerpo es atravesado por otros cuerpos, vulnerable ante y con otros cuerpos. Por ello, la geometría de la inclinación no piensa desde la muerte, sino desde el nacimiento. Y el nacimiento, como advirtiera Arendt, es la oportunidad siempre única del comienzo.

Vamos a morir, nos vamos a morir. Pero no hemos nacido para morir, sino para comenzar. Yacer tumbados los unos sobre los otros en este lecho inmenso no es un impedimento ni limita nuestra libertad egológica. Antes bien, este apoyo, todos estos apoyos, son nuestra fuerza para iniciar algo, el sustento para vivir juntos sin tener nada en común. Tal es la condición horizontal del viviente, que place y ni se levanta. La escucha y la conversación son su mayor destreza.

Durante los veranos del Faro de Piedras Blancas, a unas cuatro horas al sur de San Francisco, pueden contemplarse en la playa colonias de elefantes marinos. Yacen tumbados en la orilla, sus cuerpos desnudos y dorados por el sol californiano, recostados los unos sobre los otros, a veces refrescados por la marea. Aunque la escena transcurra en silencio, se diría que se hablan y divagan sobre vientos propicios, y comentan la fortuna que visitó a los pelícanos en su cacería, cuando cae la tarde. Todo su deseo está concentrado en permanecer y habitar esa playa, los unos con los otros, atentos a las correrías del cangrejo, el zumbido de las moscas y la espuma de las olas que se desvanecen en la orilla. Comunidad que no se dirige a ninguna parte, enjambre de cuerpos concentrado en disolverse con la arena en una sola presencia, una intensidad solar, dorada por los reflejos sobre el océano Pacífico. Quedarse y permanecer, sostener el encuentro, tal es su dedicación máxima y única. Su deseo es placidez, no éxtasis, y sin embargo están todos fuera de sí, existen a través de otros cuerpos, que les apoyan. Horizontalidad de la carne, una honda respiración colectiva.

Vivir es habitar, y no otra cosa.
Soy vertical, pero preferiría ser horizontal.

